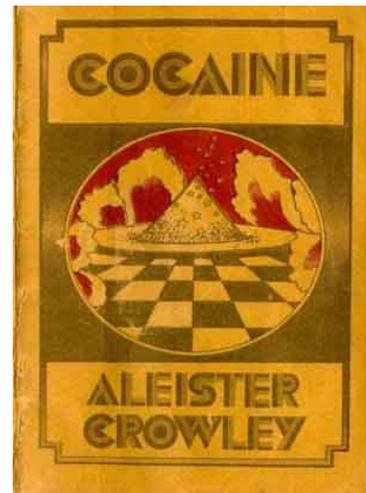


El texto que sigue a continuación fue escrito por Aleister Crowley (mago, alpinista, escritor, gran transgresor, iconoclasta, etc.) en EEUU poco después de que se aprobara la ley Harrison (14-12-1914), que prohibía la venta sin receta de cocaína y otras drogas consideradas eufóricas. Crowley no sólo se limitó a exponer los placeres de la cocaína e ilustrar el polo opuesto de las miserias asociadas a su uso inmoderado, sino que ensayó sus argumentos contra la prohibición general de las drogas: el tráfico se vuelve marginal y el costo de la droga se multiplica. Esto provoca que el adicto (que será adicto pese a toda legislación) se vuelque a una vida criminal para poder sustentar su hambre de...



COCAÍNA



1. De todas las Gracias que se arraciman sobre el trono de Venus la más tímida y esquivada es esa doncella a la cual los mortales llaman Felicidad. Ninguna es acechada tan vehementemente; ninguna es tan difícil de conseguir. De hecho, solamente santos y mártires, por lo general desconocidos para sus prójimos, la han hecho suya; y la han alcanzado fundiendo en sí mismos su sentido del Ego con el acero candente de la meditación, disolviéndose en ese divino océano de la Conciencia cuya espuma es una dicha desapasionada y perfecta.

Para los demás, la Felicidad acude solamente de forma casual; cuando menos se la busca, quizás aparezca. Buscaréis sin encontrarla; preguntaréis, y no obtendréis respuesta; golpearéis, y no se abrirá ante vosotros. La Felicidad es siempre un accidente divino. No es una cualidad definida; es la plenitud de las circunstancias. Es inútil mezclar sus ingredientes; en la vida, los experimentos que la produjeron en el pasado pueden repetirse sin fin, con destreza y variedad infinitas, en vano.

Que una entidad tan metafísica pueda producirse en un momento, y no por medio de la sabiduría o una fórmula mágica, sino por una simple hierba, parece algo más que una historia de hadas. El más sabio de los hombres no puede aumentar la felicidad de otros, aunque les otorgase juventud, belleza, abundancia, salud, inventiva y amor; el más bajo rufián, tiritando en andrajos, indigente, enfermo, viejo, cobarde y estúpido, un mero cenagal de envidia, puede llevársela de un rápido soplo. La cosa es tan paradójica como la vida, tan mística como la muerte.

¡Mirad ese reluciente montón de cristales! Son Clorhidrato de Cocaína. Al geólogo le recordarán la mica; para mí, el alpinista, son como esos copos de nieve, ligeros y resplandecientes, que florecen especialmente allí donde las rocas sobresalen del hielo en los glaciares agrietados, y a los que el viento y el sol han besado y convertido en espectrales. A los que no conozcan las grandes montañas, pueden sugerirles la nieve que centellea entre los árboles con capullos de luz y brillo. El reino de las hadas tiene tales joyas. A

aquel que los pruebe en su nariz —su acólito y esclavo— deben de parecerle como si el rocío del aliento de algún gran demonio de la Inmensidad se hubiese congelado en su barba por el frío del espacio.

Porque nunca ha habido ningún elixir de magia tan inmediata como la cocaína. Proporcionada a no importa quien. Traedme al último fracasado de la tierra; dejadle sufrir todas las torturas de la enfermedad; arrebatadle toda esperanza, fe y amor. Entonces mirad, observad el dorso de esa mano ajada, su piel descolorida y arrugada, quizás inflamada de un acongojante eczema, quizás putrefacta por alguna llaga maligna. Que coloque en ella esa nieve reluciente, sólo unos pocos granos, un montoncito de polvo estrellado. El brazo consumido se levanta lentamente hacia una cabeza que es poco más que una calavera; la débil respiración absorbe ese polvo radiante. Ahora debemos esperar. Un minuto, quizás cinco minutos.

Entonces sucede el milagro de milagros, tan seguro como la muerte, pero tan imperioso como la vida; algo aún más milagroso, por ser tan súbito, tan alejado del normal curso de la evolución. *Natura nono facit saltum*; la naturaleza nunca da un salto. Cierto, y por consiguiente este milagro parece contra natura.

La melancolía desaparece; los ojos brillan; la boca triste sonrío. Casi retorna el vigor viril, o parece retornar. Cuanto menos la fe, la esperanza y el amor acuden en tropel a la danza; se encuentra todo lo que fue perdido.

El hombre es feliz.

A uno la droga le puede traer vivacidad, a otro languidez; a otro fuerza creativa, a otro energía incansable, a otro encanto, y a otro más concupiscencia. Pero cada uno a su manera es feliz. ¡Pensad en ello! ¡Tan simple y tan trascendental! ¡El hombre es feliz!

He viajado por cada rincón del globo; he visto tales maravillas de la Naturaleza que mi pluma aún chisporrotea cuando intento relatarlas; he visto muchos milagros debidos al genio del hombre; pero nunca he visto una maravilla como ésta.

2. ¿No hay una escuela de filósofos, fría y cínica, que considera a Dios un burlador? ¿Que piensa que Él se complace en el desprecio de la insignificancia de sus criaturas? ¡Deberían basar sus tesis en la cocaína! Porque aquí yacen una amargura, una ironía y una crueldad inefables. Este regalo de la felicidad repentina y segura no se da sino para atormentar en la tentación. La historia de Job no contiene ningún trago tan agrio. ¿Qué sería más fríamente odioso, una comedia de espíritu más desalmado, que ofrecer tal dádiva y agregar "Esto no lo debéis tomar"? ¿No podrían dejarnos afrontar las miserias de la vida, malas como son, sin esta congoja primordial de conocer el gozo perfecto a nuestro alcance, y el precio de esa alegría un aumento decuplicado de nuestra angustia?

La felicidad de la cocaína no es pasiva o apacible como la de las bestias; es consciente de sí misma. Dice al hombre lo que él es, y lo que podría llegar a ser; le ofrece la semblanza de la divinidad, aunque pueda saberse un gusano. Despierta un descontento tan agudo que nunca volverá a adormecerse. Crea hambre. Dad la cocaína a un hombre ya sabio, instruido en el mundo y de fuerte moral, a un hombre con inteligencia y autodominio. Si realmente es dueño de sí mismo, no le hará ningún daño. Sabrá que es una trampa; se cuidará de repetir tales experimentos como podría hacer; y posiblemente el vislumbre de su objetivo puede incluso incentivarle a su logro por aquellos medios que Dios ha designado para Sus santos.

Pero dadla al hombre indulgente consigo mismo, al que está de vuelta de todo—al hombre común, en una palabra— y está perdido. Dirá, con lógica perfecta: **Esto es lo que quiero**. No conoce, ni puede conocer, el camino verdadero; y el falso camino es el único que ve. Necesita de la cocaína, y la toma una y otra vez. El contraste entre su vida de larva y su vida de mariposa es demasiado amargo para que lo soporte su alma poco filosófica; rehúsa tomar el azufre con la melaza.

Y de esta manera ya no puede tolerar los momentos de infelicidad (es decir, de la vida normal) porque es así como ahora la considera. Los intervalos entre sus indulgencias disminuyen.

¡Y ay! El poder de la droga disminuye a paso aterrador. Las dosis se incrementan; los placeres disminuyen. Los efectos secundarios, invisibles al principio, se presentan; son como diablos con tridentes llameantes en sus manos.

Una cata de la droga no conlleva ninguna reacción destacable en un hombre sano: se acuesta cuando debe, duerme bien, y despierta descansado. Los indios sudamericanos mastican habitualmente esta droga en su forma primitiva, durante la marcha a pie, y logran prodigios, desafiando al hambre, la sed y la fatiga. Pero la utilizan solamente como último recurso; además, un descanso prolongado y comida abundante permiten al cuerpo recuperar su capital. También ocurre que los salvajes, a diferencia de la mayoría de los habitantes de las ciudades, poseen sentido y fuerza morales.

Lo mismo puede decirse de chinos e indios respecto a su uso del opio. Todos lo utilizan, y sólo en raros casos llega a convertirse en un vicio. A ellos les acompaña casi como a nosotros el tabaco.

Pero a quien abuse de la cocaína por placer, la naturaleza pronto apela; y no se la escucha. Los nervios se cansan del estímulo constante; necesitan descanso y alimento. Existe un punto en el cual el caballo agotado no responde ya a ningún látigo ni estímulo. Tropezca, cae cual mole temblorosa, y jadea su último suspiro.

Así parece el esclavo de la cocaína. Con cada nervio clamando, todo lo que puede hacer es renovar el latigazo del veneno. El efecto farmacéutico ha acabado; pero el efecto tóxico se acumula. Los nervios enloquecen. La víctima comienza a tener alucinaciones. "¡Mirad! Hay un gato gris en esa silla. No he dicho nada, pero ha estado allí todo el tiempo".

O bien aparecen ratas. "Me encanta verlas subir por las cortinas. ¡Ah, sí! Ya sé que no son ratas de verdad. Aunque ésa es una rata real, ahí en el suelo. Una vez casi la mato. Ésa es la que vi primero; es una rata verdadera. Al principio la vi en mi alféizar, una noche".

Dicho suavemente, así es la manía. Y el placer pasa pronto, seguido por su contrario, como Eros por Anteros.

"¡Oh, no! Nunca se me acercan tanto". Pasan unos días, y ya están arrastrándose sobre la piel, royendo intolerablemente, sin cesar, repugnantes e inexorables.

Es innecesario describir el final, prolongado como éste pudiera ser, porque a pesar de la desconcertante destreza desarrollada por el anhelo de la droga, el estado demente obstaculiza al paciente. Y su abstinencia durante una temporada, a menudo forzada, está lejos de apaciguar los síntomas físicos y mentales. Entonces él se procura un nuevo suministro, y con celo decuplicado el maníaco, tomando el bocado entre los dientes, galopa al borde negro de la muerte.

Y antes de que llegue esa muerte vienen todos los tormentos de la condenación. El sentido del tiempo está destruido, de modo que una hora de abstinencia puede albergar más horrores que un siglo del normal dolor ligado al tiempo y al espacio.

Los psicólogos poco entienden de cómo el ciclo fisiológico de la vida, y la normalidad del cerebro, hacen la existencia nimia tanto para lo bueno como para lo malo. Para comprenderlo, ayunad un día o dos; ved cómo la vida arrastra un constante dolor subconsciente. Con hambre de droga, este efecto se multiplica

por mil. El tiempo mismo es abolido. El verdadero infierno eterno metafísico está en realidad presente en la conciencia, que ha perdido sus límites sin encontrar a Aquel que no tiene límite.



3. Gran parte de esto es bien sabido; el sentido dramático me ha forzado a enfatizar lo que ya se conoce comúnmente, a causa de la dimensión de la tragedia. O de la comedia, si uno tuviera esa capacidad de distanciamiento de lo humano que atribuimos solamente a los más grandes hombres, los Aristófanes, los Shakespeare, los Balzac, los Rabelais, los Voltaire, los Byron, ese poder que hace a los poetas ora compasivos de las aflicciones de los hombres, ora alegremente despreciativos de su desconcierto.

Pero debería haber destacado más sabiamente el hecho de que los mejores hombres pueden utilizar esta droga, y muchas otras, con beneficios para sí mismos y para la humanidad. Solamente la usarían para realizar grandes trabajos que no podrían hacer sin ella, como los indios de quienes hablaba más arriba. Cito como ejemplo a Herbert Spencer, que tomaba diariamente morfina, nunca excediendo cierta dosis prescrita. Wilkie Collins también superó la agonía de su gota reumática con láudano, y nos dio obras maestras no superadas.

Algunos fueron demasiado lejos. Baudelaire se crucificó, en cuerpo y mente, en su amor a la humanidad; Verlaine se convirtió al final en esclavo cuando había sido tanto tiempo el amo. Francis Thompson se mató con opio, al igual que Edgar Allan Poe. James Thomson hizo lo mismo con alcohol. Los casos de De Quincey y de H.G. Ludlow son menores, pero similares, usando respectivamente láudano y hachís. El gran Paracelso, que descubrió el hidrógeno, el cinc y el opio, empleó deliberadamente el alcohol como excitante, compensándolo con el ejercicio físico violento, para hacer aflorar las energías de su mente.

Coleridge dio lo mejor de sí bajo los efectos del opio, y debemos la pérdida del final de *Kubla Khan* a la interrupción de un "importuno hombre de Porlock", imaldito sea por siempre en la historia de la raza humana!

4. Considerad la deuda de la humanidad con el opio. ¿Está absuelta por la muerte de algunos perdidos debido a su abuso?

Porque la importancia de este ensayo radica en la discusión de la pregunta práctica: ¿deberían las drogas ser accesibles al público?

Aquí me detengo brevemente para pedir la indulgencia del pueblo americano. Me veo obligado a tomar un punto de vista chocante a la vez que impopular. Estoy en la posición poco envidiable de quien pide a otros cerrar los ojos a lo particular para que así puedan representarse lo general.

Creo que en materia de legislación América está procediendo en general sobre una teoría enteramente falsa. Creo que la moralidad constructiva es mejor que la represión. Creo que la democracia, más que cualquier otra forma de gobierno, debe confiar en a la gente, como específicamente finge hacer.

Ahora bien, me parece oportuno usar tácticas mejores y más valientes para atacar la teoría contraria por su punto más fuerte.

Debe hacerse ver que ni siquiera en el uso más discutible está un gobierno justificado al restringir el uso a causa del abuso; o admitiendo esta justificación, discutamos sobre su utilidad.

Así pues, al bastión: ¿deberían las drogas "que producen hábito" ser accesibles al público?

La cuestión es de interés inmediato, porque el admitido fracaso de la ley de Harrison ha dado origen a una nueva proposición: a una que empeora lo malo.

No esgrimiré aquí la tesis magnífica de la libertad. Los hombres libres la han decidido desde hace largo tiempo. ¿Quién mantendrá que el voluntario sacrificio de la vida de Cristo fue inmoral porque privó al estado de un útil contribuyente?

No; la vida de un hombre es suya, y tiene el derecho a destruirla como disponga, a menos que se entrometa ostensiblemente en los privilegios de sus vecinos.

Pero justamente ésta es la cuestión. En los tiempos modernos la entera comunidad es nuestro vecino, y uno no debe dañar eso. Muy bien; entonces hay pros y contras, y un equilibrio a determinar.

En América la idea de la prohibición de todas las cosas es llevada, mayoritariamente por periódicos histéricos, hasta un extremo fanático. "Sensación a cualquier precio para antes del domingo" es el equivalente en la mayoría de los despachos editoriales a la alegada orden alemana de capturar Calais^[1]. De aquí que los peligros de todas y cada una de las cosas sean celebrados ditirámbicamente por los Coribantes de la prensa, siendo el único remedio la prohibición. A dispara a B con un revólver; remedio, la ley de Sullivan. En la práctica, esto funciona bastante bien, porque la ley no se hace cumplir contra el cabeza de familia que guarda un revólver para protegerse, pero es una arma práctica contra el gángster, y ahorra a policía el trabajo de probar intención criminal.

Pero es la idea incorrecta. Un hombre disparó recientemente contra su familia y contra sí mismo con un rifle equipado con un silenciador Maxim. ¡El remedio, una ley para prohibir los silenciadores Maxim! Sin percibir que si el hombre no hubiese tenido ningún arma, habría estrangulado a su familia con sus propias manos.

Los reformadores americanos parecen no tener ni idea de que, en cualquier época o respecto a cualquier cosa, el único remedio para lo equivocado es lo correcto; que la educación moral, el autodominio, los buenos modales, salvarán al mundo; y que la legislación no es simplemente una cosa inútil, sino un vaho sofocante. Además, un exceso de legislación derrota sus propios fines. Criminaliza a la población entera, convierte a todos en policías y en soplones. La salud moral de un pueblo así está arruinada para siempre; solamente la revolución puede salvarlo.

Ahora en América la ley de Harrison hace teóricamente imposible para el lego, difícil incluso para el médico, obtener "drogas narcóticas". Pero casi cada lavandería china es un centro de distribución de cocaína, morfina y heroína. Negros y vendedores callejeros también hacen un comercio boyante. Algunos calculan que una de cada cinco personas en Manhattan es adicta a una u otra de estas drogas. Apenas puedo creer esta estimación, a pesar de que la búsqueda de distracción es maníaca entre esta gente, que

tiene tan poco aprecio por el arte, la literatura o la música, que no tienen, en resumidas cuentas, ninguno de los recursos que los pueblos de otras naciones poseen en sus espíritus cultivados.



5. Era una persona muy fatigada, en esa tarde calurosa del verano de 1909, la que deambulaba por Logroño. Hasta el río parecía demasiado perezoso para fluir, y se estancaba en albercas, con la lengua fuera, como si dijéramos. El aire rielaba suavemente; en la ciudad, las terrazas de los cafés estaban atestadas de gente. No tenían nada que hacer, y estaban seriamente determinados a ello. Sorbían el vino áspero de los Pirineos, o un Rioja del sur bien aguado, o jugueteaban con cañas de pálida cerveza. Si alguno de ellos hubiese leído el discurso del Mayor de División O’Ryan al soldado americano, habrían supuesto que su mente estaba afectada.

“El alcohol, llámese cerveza, vino, whisky, o cualquier otro nombre, engendra ineficacia. Mientras que afecta de distintas formas a los hombres, sus resultados son iguales en que aquellos a quien afecta dejan de ser normales por un tiempo. Algunos se vuelven descuidados, otros pendencieros. Algunos se alborotan, otros se indisponen, algunos se adormilan, otros ven estimuladas sus pasiones en gran medida”.

En lo que respecta a nosotros, íbamos camino a Madrid. Nos vimos obligados a apurarnos. Una semana, o un mes, o un año como mucho, y deberíamos irnos de Logroño en obediencia al toque de corneta del deber.

De cualquier modo, decidimos olvidarnos de él, por el momento. Nos sentamos, e intercambiamos puntos de vista y experiencias con los lugareños. Del hecho de que nos apresurábamos, nos tomaron por anarquistas, y les alivió nuestra explicación de que éramos “locos ingleses”. Y estábamos todos juntos y felices y todavía me estoy dando puntapiés por tonto por haber seguido hasta Madrid.

Si uno está en una cena en Londres o Nueva York, se hunde en un abismo de aburrimiento. No hay tema de interés general, no hay ingenio; es como esperar un tren. En Londres uno se sobrepone al ambiente bebiendo una botella de champán lo más rápidamente posible; en Nueva York hace acopio de cócteles. Los ligeros vinos y cervezas de Europa, tomados con moderación, no sirven de nada; no hay tiempo de ser feliz, así que en su lugar uno tiene que excitarse. Cenando solo, o con amigos, en contraste con el ambiente de una fiesta, uno puede estar enteramente a sus anchas con un Borgoña o un Burdeos. Se tiene toda la noche por delante para ser feliz, y no es necesario apresurarse. ¡Pero el neoyorquino corriente no tiene tiempo ni siquiera para una cena! Casi lamenta la hora en que su oficina cierra. Su cerebro todavía

está ocupado con sus planes. Cuando desea "placer", calcula que puede permitirse en él tan sólo media hora. Tiene que echarse garganta abajo los más fuertes licores a la máxima velocidad.

Ahora imaginad a este hombre —o a esta mujer— con un leve impedimento: su tiempo disponible se ha acortado un poco. Ya no desperdicia diez minutos en la obtención de "placer", o quizás no se atreve a beber abiertamente frente a otras personas. Pues bien, su remedio es simple; puede conseguir la acción inmediata de la cocaína. No hay olor, y puede ser tan discreto como cualquier anciano eclesiástico podría desear.

El mal de la civilización es la vida intensa, que exige estimulación intensa. La naturaleza humana requiere placer; los placeres saludables requieren ocio; debemos elegir entre la intoxicación y la siesta. No hay cocainómanos en Logroño.

Por otra parte, en ausencia de una atmósfera, la vida exige una conversación; debemos elegir entre la intoxicación y el cultivo de la mente. No hay drogadictos entre la gente preocupada en primer lugar por la ciencia y la filosofía, el arte y la literatura.

6. Sin embargo, atendamos las demandas prohibicionistas. Admitamos el argumento sustentado por la policía de que la cocaína y demás son usadas por criminales que de otra forma carecerían de sangre fría para operar. También se afirma que los efectos de la droga son tan mortales que los ladrones más astutos rápidamente se vuelven ineficaces. ¡Por todos los cielos, entonces que monten almacenes donde puedan abastecerse de cocaína gratis!

No se puede curar a un drogadicto; no se puede hacer de él un ciudadano útil. Nunca fue un buen ciudadano, o no habría caído en la esclavitud. Si se le reforma temporalmente, con gran costo, riesgo y apuro, todo el trabajo desaparecerá como la bruma matinal cuando se tope con la próxima tentación. El remedio apropiado es dejar que siga su camino y se vaya al diablo. En lugar de menos droga, dadle más droga, y acabad con él. Su sino será una advertencia para sus vecinos, y en un año o dos la gente tendrá el sentido de evitar el peligro. Los que no lo tengan, dejad que mueran también, y salvad al estado. Los débiles morales son un peligro para la sociedad, sea cual sea la línea que sigan sus faltas. Si ellos mismos son tan amables en cuanto a exterminarse, es un crimen interferir.

Diréis que mientras estas personas se van matando harán diabluras. Quizás, pero ya las están haciendo ahora.

La prohibición ha creado un tráfico subterráneo, como hace siempre; y los males de esto son inconmensurables. Millares de ciudadanos están asociados para derrotar la ley, y verdaderamente la propia ley les soborna para hacerlo así, puesto que las ganancias del comercio ilícito llegan a ser enormes, y cuanto más ajustada es la prohibición, más irrazonablemente grandes son. Haciendo así podéis erradicar el uso de pañuelos de seda, y la gente dirá: "Pues muy bien, usaremos lino". Pero el "cocainómano" desea cocaína; y no podéis disuadirle con sales de Epsom^[2]. Por otra parte, su mente ha perdido toda proporción; pagará cualquier cosa por su droga; nunca dirá, "no puedo permitírmela"; y si el precio es alto, robará, atracará, asesinará para conseguirlo. Lo vuelvo a decir: no se puede reformar a un drogadicto; todo lo que hagáis para evitar que la obtenga será crear una clase de criminales astutos y peligrosos; e incluso cuando ya los hayáis encarcelado a todos, ¿estará alguien algo mejor?

Mientras hayan beneficios tan grandes (del mil al dos mil por ciento) al alcance de los distribuidores secretos, será del interés de esos distribuidores crear nuevas víctimas. ¡Y los beneficios en la actualidad valdrían mi ida y vuelta en primera clase a Londres para pasar de contrabando no más cocaína de la que podría ocultar en el forro de mi gabán! ¡Con todos los gastos pagados, y una bonita suma en el banco al

final del viaje! Y aún con toda la ley, espías y demás, yo podría vender mi material en el barrio chino a un riesgo mínimo en una sola noche.

Otro punto es éste. La prohibición no puede llevarse al extremo. Es imposible, en última instancia, quitarles las drogas a los médicos. Ahora los médicos, más que cualquier otra clase, son drogadictos; y también hay muchos que traficarán con drogas motivados por el dinero o el poder. Si se posee el suministro de la droga, se es el amo, en cuerpo y alma, de cualquier persona que la necesite.

La gente no entiende que una droga, para su esclavo, es más valiosa que el oro o los diamantes; una mujer virtuosa puede estar por encima de los rubíes, pero la experiencia médica nos dice que no hay mujer virtuosa necesitada de droga que no se prostituyese a un traperero por una sola esnifada.

Y si se diera realmente el caso de que un quinto de la población toma alguna droga, entonces para esta pequeña e incorrecta isla se preparan unos tiempos muy movidos.

El disparate del argumento prohibicionista está demostrado por la experiencia de Londres y otras ciudades europeas. En Londres cualquier cabeza de familia, o persona de aspecto responsable, puede comprar cualquier droga tan fácilmente como si fuera queso; y Londres no está lleno de maníacos delirantes, esnifando cocaína por las esquinas, en los intervalos producidos entre robos con allanamiento de morada, violaciones, incendios provocados, asesinatos, delitos de oficina y crímenes de alta traición, como nos aseguran que debe ser el caso si se permite amablemente que un pueblo libre ejercite un poco de su libertad.

Y si el argumento prohibicionista no es absurdo, entonces es un comentario sobre el nivel moral del pueblo de los Estados Unidos que hubiese justamente ofendido a los diablos de Gadara tras haber sido convertidos en cerdos[3].

No me concierne aquí protestar en su nombre. Admitiendo la justicia de la observación, sigo diciendo que la prohibición no es ningún remedio. El remedio está en dar a la gente algo sobre lo que pensar, en desarrollar sus mentes, en llenarlas de ambiciones más allá de los dólares, en instaurar una pauta del logro que fuese medido en término de realidades eternas. En una palabra, en educarlos.

Si esto parece imposible, enhorabuena. Es un argumento más para animarles a que tomen cocaína.

Traducción de M^a Carmen Sánchez Orts para *MundoAntiprohibicionist@*.

[1] Alude a ciertos acontecimientos relacionados con la I Guerra Mundial (N. de la T.)

[2] Especialidad farmacéutica muy popular en Inglaterra (N. de la T.)

[3] Se refiere a un conocido pasaje bíblico contenido en los Evangelios (N. de la T.)